

Tribuna

La lengua de un sátrapa



JULIO CÉSAR HERRERO

El patético discurso pronunciado hace unos días por el dictador Muamar el Gadafi pasará a los manuales de marketing político como una lección de credibilidad. La insufrible arenga televisada de 75 minutos reúne todas las características de lo que debe ser la perfecta adecuación del fondo y la forma. Al excéntrico se le podrá criticar todo menos la naturalidad. No hay en él ningún artificio, ni sobreactuación. Por eso su mensaje es perfectamente creíble.

Lo que piensa, lo dice; y lo que dice, lo hace. Su perfil es el de un tirano en estado puro; su puesta en escena, también. Lo realmente preocupante es que hayan tenido que pasar más de 41 años para que el resto del mundo pretenda ahora dar la sensación -forzado por los hechos- de que desconocía las formas y los fines de un personaje miserable, que gobierna con mano de hierro, y al que se han rendido no pocos líderes que dan lecciones de democracia. Es lo que tiene la coherencia dispersa. El petróleo ennegrece hasta las convicciones más profundas.

El déspota libio trufó su discurso de guiños dialécticos que definen con extraordinaria exactitud ante quienes se enfrentan los sometidos, tanto los de dentro como los de fuera del país. La estructura de la intervención era muy simple: problema/solución.

El dictador identificó dos tipos de amenazas: externas e internas. Entre las primeras, Estados Unidos y Al Qaeda. Entre las segundas, los manifestantes "drogados por Bin Laden". Delirante.

Respecto a las soluciones, sólo una: él. El único propósito con el que se presentaba ante sus ciudadanos, y ante el mundo, era erigirse como el garante de la supuesta estabilidad del país frente a los supuestos riesgos. Siguiendo la misma estrategia de inventar un enemigo que ataca para sustentar la necesidad de una defensa, Muamar el Gadafi redefinió su papel para justificar su permanencia en el cargo y blindarse ante las críticas. Era consciente de que si se presentaba como un presidente, podía ser revocado y forzado a dimitir. En cambio, si lo hacía como "líder de la revolución" no.

La presidencia tiene fecha de caducidad; la revolución, para él, es un proceso constante, que no acaba. Además, el liderazgo no es un cargo al que renunciar; es una cualidad.

Una de las constantes discursivas fue la necesidad de demostrar y reforzar el poder en sentido físico, no moral: "la policía impondrá la seguridad en las calles", "todos los que quieran dañar a Libia serán ejecuta-

Al proclamarse 'líder' y no 'presidente', Gadafi busca justificar su permanencia y eludir responsabilidades

La arenga televisada convirtió al tirano en una caricatura de sí mismo

dos sin piedad", "Limpiaré Libia casa por casa".

Sin embargo, cometió dos fallos en la estrategia argumental, al menos desde la perspectiva del marketing político: en primer lugar, la humillación del "enemigo". El insulto y el desprecio ("ratas que siembran los disturbios") pueden tener el efecto contrario al que se pretende y generar simpatía hacia el ultrajado.

Sobre todo cuando el 'enemigo' está dentro del país e incluso los seguidores del dictador pueden establecer con él vinculaciones afectivas, aunque no políticas.

En segundo lugar, la petición casi desesperada de ayuda a los conciudadanos puede dar la sensación de incapacidad para controlar las revueltas, como así está ocurriendo: "todos aquellos que aman a Muamar Gadafi, salgan a las calles, no tengan

miedo de ellos. Persíganlos, arréstentelos...".

El recurso a hablar de uno mismo en tercera persona es un signo de megalomanía, pretende separar el cargo de quien habla y, en este caso, deslindar la defensa de un individuo de la defensa de una causa que, para el orador, tiene más fuerza.

Si la intervención fue significativa respecto al fondo no lo fue menos en su escenografía. El tirano eligió con buen criterio el lugar desde el que dirigirse a la nación para que todo transmitiera y con el claro propósito de enardecer a sus masas: el palacio de Trípoli, bombardeado por los ingleses y los americanos.

De esta manera, además, activaba la función de recuerdo entre los ciudadanos, situándoles momentáneamente en el año 1986. Forzaba de esa manera una suerte de *déjà vu*. Un contexto neutro como un plató de televisión, o institucional -su despacho o la cámara de representantes- no habría tenido el mismo impacto.

El tono tremendamente agresivo de su alocución y sus gestos contundentes y amenazantes completaban un *revival* ya pasado de moda. El sátrapa no calculó que, en poco más de una hora, se había convertido en una caricatura de sí mismo. Tiene mérito.

PARTICIPA EN:

opinion@lavozdeasturias.com

Lectores

Durante todo el año

Estos días hay un despertar de voces en los medios de comunicación que declaran sentirse avergonzados porque consideraran que las respuestas políticas de nuestros representantes en la Comunidad Europea respecto a las revoluciones ciudadanas que acontecen y se propagan en distintos países del norte de África y Oriente Medio han sido o están siendo inadecuadas en tiempo, forma y contenido. En cambio, hasta hace cuatro días era una pasada darse un paseo en camello por la arena de Túnez o hacerse unas fotografías al pie de las pirámides de Egipto, y comentar a la vuelta del viaje la bondad del servicio en los hoteles de cuatro o cinco estrellas y la preocupación de las autoridades por la seguridad de los turistas, obviando que detrás del escenario preparado para la diversión del turista estaba el malestar de los oriundos. Avergonzarse, protestar o indignarse por los atropellos e injusticias padecidas por otros seres humanos es una reacción saludable y necesaria para configurar un mundo más amable y equitativo, pero no sólo cuando toca o nos marque el calendario, sino durante todo el año.

¿Debe uno sonrojarse al sentirse molesto con las televisiones porque pongan imágenes de niños con hambruna a la hora de comer?

ALEJANDRO PRIETO ORVIZ

¿Riopredre no tiene dinero?

Si es verdad que el familiar ha dicho que la situación de la familia es precaria, como afirman diversos medios, o bien es una auténtica tomadura de pelo y un insulto a tantas familias de esta región, o bien es que aquí hay un *problema* (vicio o similar) que desconocemos. Porque aunque nos creyésemos que no robó, cobraba 70.000 euros anuales, y su mujer es funcionaria del Principado de Asturias con un nivel 18 (léase un sueldo de alrededor de 1.500 euros netos al mes), así que ¿dónde está su dinero? Si solo tiene 1.300 euros en la cuenta alguna otra cuenta *secreta* existirá, ¿no creen ustedes? Amí, por lo menos, no me salen las cuentas.

MARÍA MARTÍNEZ

Para escribir a esta sección: lectores@lavozdeasturias.com, o bien calle de la Lila 6, 33002 OVIEDO. Las cartas no deben sobrepasar las 10 líneas y los autores deben identificarse con su número de DNI y sus datos completos.

Bala perdida

SILVIA UGIDOS



Doblan las campanas

Y llegaron noticias alarmantes. Los puestos de observación de la contaminación acústica ovetense informaban de la aparición masiva de músicos, en directo, en *play back*, en for-

matos de carne y hueso y otros nuevos, que amenazaban con desbaratar el descanso de todo ciudadano de bien. Así comenzó un conflicto trágico. Desde el ayuntamiento se emitió un comunicado según el cual cualquier ruido que atentara contra la sacrosanta siesta debía ser convenientemente silenciado, previo pago de multa si era necesario.

Aunque las ventanas de los edificios municipales estaban herméticamente cerradas a cal y canto para evitar cualquier filtración de esos insultantes estruendos, era evidente para las autoridades que una cuestión de salud pública como esa no podía tomarse a la ligera. Además se corría el riesgo de perder todo el prestigio ganado hacía algunos años entre la ciudadanía y lo que es más importante, ante una candidatura de Capital Cultural cuando, entre tantas otras cosas, se logró desterrar de la ciudad

un festival de jazz que, como todo el mundo sabe, es uno de los peores y más perjudiciales ruidos que pueden surcar la tierra.

Se aplicaron entonces varias medidas para paliar los estragos de esas manifestaciones hirientes a cualquier oído sensible. Con la afinación que caracteriza al equipo de gobierno se apostó durante décadas por un concierto de grúas, perforadoras, y si acaso (y sin acritud) la bien querida ópera, sin menoscabo de unas jornadas de piano.

Pero el nivel de contaminación acústica de la muy noble y benemérita ciudad corría el riesgo de sobrepasar los niveles tolerables, pues se había descubierto que en ciertos localuchos aún había insurgentes que ofrecían, sin pudor ninguno, canciones en vivo y en directo. Incluso a horas poco decentes, como la del vermut. ¿Cómo era esto posible? Porque en la

febril actividad de hacer efectivas las nuevas y numerosas ordenanzas municipales se les había pasado por alto que en el resto del desordenado y atrasado mundo aún se consideraban manifestaciones culturales cosas como ésta. Incluso deseables para la vivacidad y desarrollo de los habitantes de cualquier ciudad, pequeña o grande.

Afortunadamente aún estaban a tiempo de dar una lección magistral a propios y extraños. Y erigirse como ejemplo de capital cultural con un proyecto musical nunca visto que haría olvidar estas pequeñas y lamentables deficiencias: Un subterráneo homenaje a Wagner bajo los árboles del Campo San Francisco, que les pondría de punta las raíces.

PARTICIPA EN:

opinion@lavozdeasturias.com